

El hecho religioso

La mayoría de los que aquí estamos trabajando y si alguno no trabaja sueña con hacerlo. Porque el trabajo es un medio para conseguir cosas que nos hacen la vida más sencilla y cómoda. El trabajo es algo importante, aunque algunos hacen del trabajo un fin en sí mismo acabando esclavizándose sin sentido. Y porque es importante, le dedicamos gran cantidad de tiempo y de esfuerzo. Lo cual nos obliga a posponer cosas que posiblemente sean más importantes que el trabajo mismo. Lo cual, también, es un sin sentido. Una de estas cosas que muchas veces posponemos es la cuestión religiosa.

Que el ser humano es un ser religioso es un hecho considerablemente demostrado en la historia de la humanidad. Imposible de negar. Las evidencias son tan abundantes en todas las culturas del mundo, modernas y antiguas, que negarlas sería un disparate antropológico. No obstante la religión está siendo relegada por filosofías más o menos humanistas. Es decir: las centradas en el hombre y no en ninguna divinidad. Hoy la filosofía humanista más extendida es la de la Nueva Era. Filosofía de tipo religioso que encumbra al hombre hasta elevarlo al endiosamiento.

Si nos parásemos un momento y reflexionásemos sobre el hecho religioso, nos daríamos cuenta de que entre todas las religiones del mundo sólo hay una que cuenta con todos los ingredientes necesarios para alzarse sobre las demás. Lógicamente me refiero al cristianismo. No porque yo sea cristiano, que lo soy, sino porque tras investigar arduamente las diferentes religiones he podido constatar elementos de valor que no aparecen en ninguna otra religión. Que conste que por cristianismo no me refiero al catolicismo romano, ni al protestantismo, ni a ningún otro “ismo”, sino a seguir las sencillas, claras y bíblicas enseñanzas de Jesús de Nazaret.

La cosmología bíblica, tan continuamente atacada por la mal llamada ciencia moderna, no hace sino resistir cuantas teorías se han planteado contra ella. A cada paso que da la ciencia en sus descubrimientos, no hace sino confirmar que los escritos bíblicos cuentan con mayor apoyo cada vez que ningún otro documento histórico. Sus datos, su contenido, todo se va confirmando paso a paso, al mismo tiempo que, paso a paso, se va descubriendo que las reticencias científicas contra las Sagradas Escrituras se van viniendo a bajo. A pesar de que cada día salen nuevos artículos sensacionalistas que afirman haber descubierto pruebas de lo contrario, la verdad es que, hasta ahora, ninguna de esas noticias (que han hecho ganar cientos de miles de millones a sus autores y a las cadenas de televisión que pagan por ellas) han podido soportar el más mínimo análisis científico serio. No obstante las gentes comunes, centradas en su trabajo y en la búsqueda de su bienestar doméstico acaban creyendo todo ese tipo de MENTIRAS comerciales fomentadas por el interés económico de las corporaciones de telecomunicaciones.

El cristianismo es la única religión que adora a un fundador que vivió hace casi dos mil años y que aún vive a pesar de que le asesinaron. La única cuyos principios han servido y sirven de base para las mejoras de las condiciones de cientos de países. Para el beneficio de miles de millones de personas en todo el mundo y en todos los tiempos.

Los principios de igualdad entre hombres y mujeres que hora pareciera un descubrimiento del socialismo actual, es un principio enseñado hace casi dos mil años por el apóstol Pablo de Tarso en casi todas sus epístolas. El derecho a la libertad individual y de conciencia está establecido en las Sagradas Escrituras (la Biblia) desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento. Todos los grandes logros que han hecho más fácil la vida del humano sobre la tierra y que el hombre se ha apropiado de ellos como conquistas del humanismo, han sido inspirados, promovidos y defendidos, a veces hasta la muerte, por los cristianos de todos los tiempos.

Es precisamente el apartarse de dichos principios lo que ha causado la mayoría de los grandes males de la humanidad. Cuando el hombre se olvida de su Creador, o sencillamente le da las espaldas, se acarrea a sí mismo las consecuencias de sus actos.

No hay peor condenación que Dios pueda ejecutar sobre la humanidad que abandonarla al fruto de sus propios caminos (Proverbios 1.31). Pues el ser humano es el único de la creación que lleva en su interior la semilla de la autodestrucción.

Fue Pablo de Tarso quien en su epístola a los Romanos, en el capítulo uno puso al hombre ante la responsabilidad de sus propios actos alegando que no tienen excusa ante Dios, pues, por mucho que se empeñen en negarlo le han conocido aunque no le han glorificado (como debieran) ni le dieron gracias. Antes bien, el hombre se glorificó a sí mismo envaneciéndose. Lo que trajo como consecuencia una ceguera espiritual que hasta el presente perdura. No porque Dios no se haya manifestado, sino porque a pesar de haberlo hecho, el hombre hizo caso omiso de ello y ha preferido continuar en la rebeldía y la desobediencia.

No es al dios del Corán, frío y vengativo, que exige pero no ayuda; No es gracias al “todo” o al “uno” panteísta del budismo a quien nos uniremos tras la larga migración de nuestra alma por diferentes vidas, si logramos perfeccionarnos por nosotros mismos, también sin su ayuda; No son esos ni otros dioses inventados por la voluntad y a la semejanza de los hombres que los hicieron quienes estarán al final para pedirnos cuenta; Todos ellos han sido creados por el hombre para tranquilizar sus conciencias o para manipular la de los demás; Sino gracias al Dios verdadero, al Dios de la Biblia ante quien realmente tendremos que dar cuenta de todos nuestros hechos. Es ante el Creador del Cielo y de la Tierra, del mar y de todo lo que en ellos hay; Ante aquel que con solo el poder de su palabra dio el origen a este universo; Origen que tanto busca el hombre sin hallarlo porque lo busca fuera de Dios.

En esta creación hay infinidad de cosas que podemos ver y tocar y otra infinidad de ellas que ni vemos ni podemos tocar, pero que están ahí. Tan reales las unas como las otras. Porque Él las creó.

La existencia de nuestra alma, la capacidad de pensar y de sentir, todo ello nos habla de un mundo invisible pero real, un mundo espiritual que no vemos pero que es innegable. Parémonos, descansemos por un momento. Hagamos un alto en el camino. Reflexionemos sobre todas estas cuestiones. Pues de lo contrario nos arriesgamos a ofender al único Dios verdadero. Aquél que envió a su propio Hijo por amor a nosotros. Aquel Jesús que crucificamos y al que hoy seguimos intentando humillar, con nuestra torpeza. Cuidémonos no sea que estemos trabajando en vano. Negando una realidad irrefutable. Los mismos cielos dan testimonio de ello.

¿Es esto, lo que vemos y palpamos, todo cuanto existe o hay más? Y si lo hay ¿Qué grado de responsabilidad tendremos si vivimos como si no lo hubiera?

Un axioma en jurisprudencia reza: La ignorancia de una ley no te exime de su cumplimiento. Quizás tendríamos que aplicarlo al mundo de lo espiritual. Al terreno religioso. No te de temor de hablar de religión. Puede que cuando te decidas ya sea demasiado tarde.

Pr. Nicolás García